

encontrar su mejor justificación en decir que la fatalidad fué la que le condenó á ser irremisiblemente lo que se le dice que es, y eso nada más.

Por el contrario, cuando en otro hogar no se omite empeño ni sacrificio por crear en unos y robustecer en otros de sus miembros la idea de que están llamados á ilustrar su nombre y á honrar el de sus padres y el de su patria, generosos y nobilísimos anhelos les conducen á realizar las esperanzas que en ellos se fundaran.

La patria es el hogar de la raza; no es preciso decir más á este respecto, á escritor tan ilustrado como el autor del *Carácter de la Conquista Española en América*.

En las cinco últimas páginas de la obra expone el autor sus dos magnas conclusiones: la de que de la conquista causó la despoblación general de América y la de que á esa misma conquista obedece la degeneración de los naturales ó indígenas. Parece que al llegar á esta parte capital de su obra los autores primitivos no le proporcionaron abundantes noticias dignas de fe, pues con relación á la primera de esas conclusiones, solamente dice lo siguiente: «Podríamos formar una larguísima lista de todos los pueblos y provincias despoblados completamente, ó cuya población disminuyó hasta grado sumo, como la villa de Arma que tenía 30,000 habitantes y después sólo contaba 500; Anzerma que de 40,000 no conservó sino 800; la villa de Tinana que de 20,000 decreció hasta 700; Oztzolotepec, Pacaibanca, etc., etc., lugares todos donde sucedió otro tanto. Empero nos limitaremos á exponer algunos datos de carácter general.»

Obsérvese que el Sr. García no sólo no cuidó de comprobar suficientemente esa primera conclusión, como debía haberlo hecho, toda vez que de ella, como de la segunda, debía derivarse una de las enseñanzas mayores de su obra, sino que no tuvo á bien ó no juzgó necesario demostrar que, entre las tierras conquistadas, fué la tierra mexicana una de las que más sufrieron.

Por último, el Sr. García consagra á la demostración de la degeneración de los naturales de América 32 líneas en las que dice que pasa á indicar de una manera sintética, cuál fué la suerte de los pocos indígenas que pudieron sobrevivir á tan despiadado exterminio. Tan sintética es, con efecto, esa indicación, que más no puede serlo, á pesar de que el autor cree haber con laconismo que podríamos llamar telegráfico, expuesto todas las causas «que hicieron (sic) que las razas indígenas de América no sólo perdieran una á una las infinitas cua-

lidades que con sobrados bríos lucieron gloriosamente en sus días de libertad, sino que degenerasen con inconcebible rapidez y al fin cayeran en el lastimoso estado en que todavía las miramos al fenecer el siglo XIX.»

Al llegar ahí sintió algo así como un remordimiento, como un impulso de piedad hacia los degenerados indígenas y les dedicó, —siempre dentro de las 32 líneas susodichas,—el siguiente párrafo consolador con que se cierra la obra: «Empero esas razas infortunadas, rescatadas ya de la servidumbre y colocadas de nuevo en medio propicio, volverán á manifestarse prósperas y pujantes luego que empiecen á sentir la mágica influencia de una eficaz educación, física, intelectual y moral; facultades que aunque profundamente adormecidas no han podido morir y antes bien son susceptibles de alcanzar pronto y vigoroso desarrollo: México debe sus más preciadas instituciones, las que dieron origen y ser á su actual progreso, á un miembro de esas mismas razas, al imperecedero D. Benito Juárez que, con inteligencia superior y energía nunca quebrantada, extirpó de nuestro suelo el obscurantismo pernicioso hondamente arraigado á la sombra secular de la dominación española.»

Con brevedad reputaré las dos conclusiones del Sr. García

Cuanto á la primera, no hay que hacer más para destruirla que repetir que la mayoría de la población de Centro América, el Ecuador, Venezuela, Colombia, Perú, Paraguay y Bolivia es hoy, en 1901, de indios más ó menos cultos, y que de los 13,545,462 habitantes que, según el último censo, tiene la República Mexicana, *sies millones*, cuando menos, son de indígenas.

No es, pues, exacto, que la conquista haya despoblado América. Poblaciones totalmente aniquiladas, razas desaparecidas solamente se pueden citar en el Nuevo Mundo, al hacer la historia de las conquistas anglo-sajonas.

Rubor nos causa el tener que referirnos á la degeneración de la raza indígena, compelidos por la obligación que nos impusimos de refutar en todas sus partes la obra del Sr. García.

No pretendemos negar que comenzó esa degeneración con la conquista y que durante el coloniaje acreció. Igual fenómeno se ha observado en todos los pueblos que han sido víctimas de invasiones y dominaciones debidas á hombres que se creían superiores á los que ellos vencieran, y no es esto, en verdad, lo que me causa rubor tratar, sino la declaración leal que debo hacer de que más culpable es la raza mexicana, es decir, la en que se reclutan las llamadas *clases dirigentes*, del pecado que el Sr. García tácitamente confiesa al decir que los indígenas recobrarán sus antiguas

facultades *luego que empiecen á sentir la mágica influencia de una eficaz educación física, intelectual y moral.*

Sí, dice bien el Sr. García, *luego que empiecen*; pero ahl no habría yo,—puesto en el lugar del autor de la *Carácter de la Conquista Española en América*,—usado esa locución que tan amargo reproche envuelve para México independiente. Ochenta años de vida libre y autónoma, de mucho habrían servido para cambiar, con ventaja, la condición de los indígenas de manera que nadie pudiera decir en el último día del siglo XIX que no empezaba á sentirse aún la mágica influencia de una educación física, moral é intelectual.

Independidos de España los mexicanos no restablecieron á los indios en las heredades de sus mayores, porque no fué ese el objeto de la Independencia; no se les permitió volver á su antiguo culto, porque habría sido un retroceso. Muy bien; pero la servidumbre siguió siendo la misma, en los campos, en las minas, en las ciudades como en las aldeas; la explotación de los indios por los curas aumentó, si cabe, y persisten hoy todavía las supersticiones más groseras; en la prolongada serie de revueltas anteriores á 1876 el indio sirvió de *carne de cañón*; los jornales que hoy se le pagan no superan, sino es en muy contadas regiones del país, á los jornales que recibieran sus antepasados durante la dominación española, y por tal motivo anda, hoy todavía, no mal vestido sino casi desnudo, y se alimenta miserablemente. Nos hemos limitado á consignar en nuestro Código fundamental la igualdad ante la ley, dogma sagrado y puro de las modernas democracias, pero del cual se ha hecho y se hace por donde quiera sangrienta irrisión. Hay clases privilegiadas todavía! Y lo que es peor, esas clases que, juntas, no constituyen sino una minoría, cuantas veces á partir de 1821 se han arrogado el poder, han olvidado sus halagadoras promesas y no han procurado modificar siquiera la condición de los indios, ya que su completa regeneración exige mayor lapso de tiempo. Con pocas excepciones, esa minoría ha buscado el medio personal, la ascensión gloriosa á las regiones suspiradas del mando, todo, menos el honrosísimo título de redentora del indio. Entre esas excepciones la primera y principal, y la que merece por eso que en su honor se alce el himno de la gratitud, fué aquella minoría á la que sus enemigos llamaron opresiva: la de los hombres de la Reforma. Esa minoría sí cumplió sus promesas: cuando fué poder dictó leyes sabias que beneficiaron por igual á blancos y á cobrizos; pasaron por sus manos inmensos tesoros y sus manos nunca se mancharon con el robo; peligró la indepen-

dencia, y por salvarla tuvo que resignarse á dejar su obra de regeneración social, inconclusa, pero confiada á sus discípulos.

De éstos, no he de hablar porque su obra aún no está terminada: están resolviendo arduos problemas todavía; están *haciendo* la historia los que en pos de Juárez vinieron y toca á los pósteros la ardua sentencia.

Pero cualesquiera que hubiesen sido las causas, el hecho es que el indio ha permanecido en el siglo XIX en la misma actitud hierática de sus antiguos dioses, al pie del solio de sus mandatarios; pobre, abstraído, como en la época de los virreyes, y hasta ahora al desperezarse al primer claror del siglo XX, vislumbra nuevos horizontes y sonríe por vez primera y dando fe á la doctrina de la trasmigración de las almas, cree que han reencarnado en D. Genaro García y en D. Luis González Obregón las almas de Fray Bartolomé de las Casas y de Fray Pedro de Gante; espera su redención porque ya tiene un defensor valiente y desinteresado, y un maestro compasivo, que con ternura verdaderamente paternal van á hacerle partícipe de los conocimientos que en letras, en artes y ciencias parecían hasta aquí del dominio exclusivo de las razas que pregonan la inferioridad del indio.

A las condiciones estéticas del libro del Sr. García no haré reparo alguno. Comprendo bien qué hombre es imbuído en las ideas que hoy privan; eminentemente práctico. Sabe que el tiempo es dinero, y no ha querido perder el tiempo en cincelar frases, en lucir exquisiteces de estilo, ni flores retóricas. Abogado de la nueva escuela, formula su tremenda requisitoria exponiendo en toda su horrible desnudez los detalles del crimen y deja hablar al ejército de los testigos que presenta, sin preocuparse del lenguaje que ellos empleen; él, por su parte, confórmase como Zola, con decir: *Yo acuso.*

Por eso no me hago eco de la crítica que algunos se han atrevido á hacer del título de la obra, fundando esa crítica en que el Sr. García omitió una voz adverbial que era indispensable para no borrar del mapa del Nuevo Mundo á México. Porque, dicen esos críticos, si México está situado en América, el carácter que revistió su conquista es el mismo que el autor estudió en la historia de las demás naciones del Continente descubierto por Colón, y le faltó, por lo tanto, expresar que por ser mexicano lo especializaba á su patria. No me hago, repito, eco de esa observación; antójaseme que al Sr. García debemos agradecerle el habernos puesto al abrigo de las rapacidades del imperialismo del Profesor

Meade: no perteneciendo México á América está menos avocado á tener el destino manifiesto de servir de pasto para saciar el hambre de expansión del Norte; y no digo *libre* sino *menos avocado*, porque allí está el archipiélago filipino para probar que hasta el Asia lleva el Norte sus escuadras y sus ejércitos, para plantar el pabellón de las estrellas en señal de posesión y de dominio. Y en verdad que si el Sr. García hubiese cuidado expresar claramente desde la portada de su libro, que especializaba su estudio á México, habría prevenido la censura que no faltará quien le dirija de que á pesar del título de su obra, muy contadas son las páginas de ésta que no aluden exclusivamente á la conquista de Anáhuac y más contados todavía los escritores primitivos que él cita por haberse ellos ocupado en la conquista de Centro y Sud América. Tal exclusivismo casi se encuentra justificado, si se piensa en que el Sr. García enderezaba sus propósitos no á revivir rencores en otros pueblos del Continente, sino en el pueblo mexicano, so color de reivindicaciones de que solamente él parece preocuparse. El exclusivismo del Sr. García ha engendrado el mío. He procurado restablecer la verdad en lo que á México atañe; no porque no me inspiren grande interés las Repúblicas de Centro y Sud-América, sino porque creo un deber de patriotismo, un deber sagrado, contrarrestar toda tendencia que por velada que esté, puede conducirnos á los mexicanos á la pérdida de nuestra autonomía primero, y sucesivamente á la pérdida de nuestros hogares y á la desaparición ó aniquilamiento de nuestra raza. Honradamente lo creo así.

* * *

Después de haber hecho en las páginas anteriores la análisis crítica de la obra del Sr. García, parece como que debería yo dar por terminada mi tarea. Pero no; de esas mismas páginas se desprende que al establecer un paralelo entre las antiguas y las modernas conquistas, no me guiaba el deseo de atenuar los horrores de aquellas con la relación de las que éstas han producido, sino que iba yo en pos de algo más útil para mi patria y de palpitante actualidad en ella. Recuérdese también, que la presente disertación ha sido escrita *á propósito* del libro del Sr. García, como lo reza la portada; lo cual equivale á decir que no trataba yo únicamente de refutar dicho libro. Por lo tanto, nadie podrá encontrar fuera de lugar el estudio de ciertas cuestiones que se ligan con el asunto principal.

Día á día, hora á hora, debería yo decir, se oye entre nosotros hablar del *imperialismo anglo-sajón*, al que señalaremos á nuestros compatriotas con la frase de Gambetta: HE AHI AL ENEMIGO. Porque, á no dudarlo, por *imperialismo* debemos entender *conquista*, los que no aceptamos mistificaciones ni frases convencionales, que no son sino la careta detrás de la cual se oculta la deformidad de ciertos principios, como ocultan algunas mujeres, valiéndose de otros antifaces, las injurias de los años ó la violación de las virtudes domésticas.

Para opinar así, no es preciso que los dedos se nos antojen huéspedes, ni que por hipocondría incurable alimentemos aprensiones ridículas y pueriles temores; ni es necesario, tampoco, estar atacado de la manía de persecución, por más que eso digan los precursores del imperialismo y los que por conveniencias que no sería lícito señalar, toda vez que nadie quiere declarar franca y lealmente sus ideas, fingen una despreocupación y una tranquilidad de las que deben estar, ciertamente, muy distantes. Basta leer las lucubraciones de la *prensa amarilla* norte-americana, y las lucubraciones de la que sin serlo secundala en sus propósitos ó tiene cuando menos grandes afinidades con ella, para explicar la razón de ser de los temores enunciados, y para patentizar cuánto es patriótica una labor encaminada á poner las cosas en su lugar, pese á quien pesare.

En libros y en folletos, en la tribuna y en la prensa periódica, los corifeos de la doctrina imperialista, sus adalides y apóstoles, la predicán no sólo en su propia casa sino en la ajena y muy particularmente en la segunda. Unos, con el cínico desplante del Prof. Meade; otros, y son los más, para persuadir y sujetar á los que se rebelan, bañan de dulce licor los bordes del vaso que contiene el jugo amargo, como diría el hijo inmortal de Sorrento. Sin ser suspicaz, desentraña cualquiera los propósitos del imperialismo, y distingue sus caracteres, no menos que los medios de que se vale, ó mejor, de sus procedimientos.

Es el primero, la predicación del credo flamante de la supremacía de la raza anglo-sajona, tan traída y llevada en los días que corren, y es el segundo la sugestión de los espíritus poco analíticos y demasiado impresionables, sugestión que se obtiene haciendo desfilar en caleidoscopio mágico las maravillas de la riqueza norte-americana. Diríase que el conquistador de naciones, es un nuevo Fausto que no fía el éxito de sus conquistas á sus propias dotes, á sus ardidés, á su audacia, sino al Mefistófeles que ha de poner

ante los ojos de Margarita las joyas á cuyo brillo se desvanecerán hasta sus últimos escrúpulos.

Tan cierto es esto, que hoy, todos sabemos cuántos millones de kilogramos de oro encierran las cajas de la Tesorería Norte Americana al hacerse el balance mensual, mientras que para muy contados hombres de estudio es fácil saber qué número de obras científicas y literarias apareció en Europa en el año último. Repitiendo la publicación de aquel dato se fascina á las muchedumbres y se alcanza el reconocimiento de la famosa supremacía; callando los triunfos del saber y de la inteligencia en otros pueblos, se cree romper todo vínculo, apagar todo entusiasmo, desvanecer toda admiración, que no sean vínculos, entusiasmos y admiraciones en provecho del anglo-sajón. No es, por lo tanto, un temor injustificable y pueril el que hace exclamar: HE AHI AL ENEMIGO.

Antes de exponer los principios que informan el imperialismo desbordante, bueno será marcar, ya que no lo hicimos en alguna de las páginas anteriores, la *diferenciación* que puede hacerse al tratar de antiguos y modernos conquistadores. No se diga que negamos á los segundos cierta originalidad característica. Pongámosla de resalto.

Los novísimos conquistadores difieren de los de antaño, en que no son, como éstos fueron, héroes capaces de realizar una epopeya y de inspirar, á pesar de todas sus manchas, poemas épicos ó portentosas historias que immortalizan. Obsérvase desde luego, que no es el triunfo de un ideal, ni el amor á la gloria, ni la propaganda de una filosofía nueva ó de una religión, lo que los inflama y conduce á atropellar creencias y á violar derechos; que antes de lanzarse á temerosas aventuras, pactan ligas ó coaliciones con una ó varias potencias, con el fin de lograr, más bien que por el propio esfuerzo, por la abrumadora masa de los ejércitos coaligados, el triunfo sobre el débil, que lo es porque todos le abandonan y todo tiene que fiarlo á su brazo, á su fe, á su valor y á su constancia. En nuestros días, las potencias europeas como la potencia norte-americana, recélanse de todo y de continuo, témense recíprocamente, odianse por más que lo nieguen, y para ellas el mayor enemigo es la nación culta que no coopera en la obra emprendida ó proyectada, no la nación *salvaje ó bárbara* cuyas son las riquezas que se pretenden debelar y las tierras en que se aspira hacer que ondee el pabellón del vencedor.

Pero qué mucho,—y digámoslo en descargo de banqueros ju-
díos, de comerciantes é industriales conquistadores,—qué mucho,

si los misioneros que ahora se estilan, católicos y protestantes, sólo predicán el Evangelio á la sombra de la bandera patria, protegidos por Embajadores ó Ministros Plenipotenciarios, ó cuando menos por Cónsules que al primer amago, al primer síntoma de insurrección de los que quieren morir en la fe de sus mayores, hacen que formidables acorazados bombardeen los puertos, en tanto que poderosa artillería de mortíferos proyectiles, arrasa pueblos y ciudades, granjas y alquerías! Tales misioneros no son sino agentes ó comisionistas viajeros, empleados en hacer aceptar los productos de sus respectivos países, instrumentos puestos al servicio de los grandes intereses materiales; vanguardia exploradora de las huestes de ese imperialismo que devorado por insaciable codicia busca nuevas regiones que explotar ó siquier sea mercados nuevos para desahogar la plétora de sus productos naturales y de los de sus múltiples industrias.

Con frases estereotipadas, de irritante *sentido práctico*, se nos dará contestación á este respecto. Esa es, se nos dirá, la lucha por la existencia; esa es la ley natural: el fuerte ha de tomar lo que necesita, donde lo encuentre; no importa de quien sea; el débil debe resignarse á la suerte que le cupo en la repartición de los bienes de la tierra; no hay más derechos que los de aquel que es bastante fuerte y poderoso para hacerlos respetar.

Lo que dicho está en páginas anteriores de esta misma disertación, respecto á la guerra anglo-boera, nos ahorra el trabajo de aducir pruebas. Volvamos al peligro á que orilla á nuestra patria el imperialismo norte-americano.

Consecuentes con el propósito de no fiar á nuestras propias facultades la síntesis de las doctrinas que combatimos, vamos á valernos de la exposición que escritores mexicanos ajenos á los temores que una gran parte de nuestra sociedad conturban, han hecho del imperialismo, en un diario que cuenta por decenas de millar sus ediciones y que parece fundado y sostenido para ilustrar á las masas y encauzar en bien de la patria las corrientes de la opinión pública. Dice, pues, el diario á que aludo:

«Aparentemente, el imperialismo no es más que un acto de conquista moderado, y decimos moderado, porque el conquistador actual respeta los títulos de propiedad privada, la religión de los vencidos, sus costumbres, sus monumentos, sus bellas artes, sus tradiciones y su libertad. En muchos casos, les permite que se gobiernen á sí mismos libremente, y lo único que no se les respeta es el bolsillo. Pero el imperialismo moderno, que tiene por objeto prin-

principal el ataque del bolsillo del vencido, no es cínico en sus leyes, ni brutal en sus procedimientos, ni violento en sus determinaciones. El ataque de la conquista moderna al bolsillo de los pueblos conquistados, tiene lugar por actos comerciales, en apariencia libres, pero que, bien vistos, constituyen el comercio forzoso. En suma, la conquista moderna, es el arte de buscar un buen comprador á los efectos nacionales, por medio de la guerra.

«Según esto, el «imperialismo» no es más que el «proteccionismo.» El proteccionismo, como bien se sabe, consiste en la reserva del mercado nacional para el consumo exclusivo de los productores nacionales. El imperialismo actual no es más que la reserva del mercado de un pueblo extranjero para el consumo de los productores de la metrópoli.

«Hay otra clase de imperialismo que nosotros llamamos inglés, y cuyo tipo lo representan el Canadá, la Colonia del Cabo y las de Australia; en esta clase de imperialismo, la metrópoli no exige nada de sus colonias, las deja en libertad completa para hacer su arancel y no les impone sacrificio de dinero, ni de hombres, ni de dignidad. ¿Qué provecho puede resultar entonces por el empleo de semejante método de imperialismo? Uno muy grande: la metrópoli saca la ventaja al poseer colonias enteramente libres, de que otras naciones, viendo estas colonias en manos poderosas, no intentarían conquistarlas para imponerles el imperialismo de tipo vejatorio y exactor, cerrando así los mercados libres de esta colonia, al comercio libre del mundo. En suma, este imperialismo es la consecuencia evidente de la política de la «puerta abierta.»

«La tercera clase de imperialismo, es el recientemente inventado en Inglaterra y que ha dado lugar á la desastrosa guerra en el Africa del Sur. La fórmula de esta clase de conquista es la siguiente: una nación debe atraerse grandes cantidades de capital de otra nación ó de varias; dicho capital es profusamente empleado en el establecimiento y desarrollo de una ó varias industrias. Sea por impuestos excesivos, por guerras civiles, por ineptitud gubernamental ó por cualquiera otro motivo, los capitales á que aludimos se encuentran en grave peligro de destrucción, y entonces la nación de que son súbditos los principales capitalistas, declara que es llegado el caso de atender de preferencia á los intereses de sus súbditos, para lo cual la conquista es el mejor procedimiento.»

Hecha esa exposición doctrinaria, el periodista autor de ella, no creyó necesario agregar sino estas brevísimas palabras:

«A los mexicanos corresponde fijarse mucho en esta clase de imperialismo, meditarlo, y prevenir su aparición y consecuencias.»

Pero como quiera que uno de los procedimientos del imperialismo, es el de comenzar por adquirir propiedades en el país predestinado á forzosa anexión, y adquirir sin cesar hasta que sea necesaria la *protección* de los intereses creados, dejáronse escuchar las observaciones de otros diarios de contrario credo, y sin tomarlas en consideración fueron más allá los expositores del imperialismo anglo-sajón, y aprovechando la oportunidad que les ofreció el asunto de la venta de terrenos mexicanos á compañías extranjeras, creyeron llegado el momento de *disipar un error*,—que por cierto tiene hondas raíces en la conciencia nacional,—y de formular la siguiente doctrina que *in extenso* reproduzco porque extractada se desvirtuaría.

«Con motivo de las vastas adquisiciones de terreno que una Compañía explotadora de petróleo acaba de hacer cerca de Tampico, periódicos de esta capital y de alguno de los Estados, han formado la queja ó protesta de uso y lamentándose de que el territorio nacional está pasando á gran prisa á manos de extranjeros, y particularmente de los americanos.»

«En este caso, como cuando se ha tratado de ventas de terrenos baldíos, de concesiones mineras y otras, los periódicos aludidos dejan transparentar el temor de que á fuerza de adquirir terrenos en el país, *los americanos* ó los extranjeros en general, acaben de despojarnos de nuestra soberanía y que el día menos pensado nos encontremos con que México no es ya de México y que su autonomía se ha pasado con armas y bagajes al enemigo.

«El error y la alarma emanan de que el vulgo no discierne la profunda diferencia que media entre los derechos que sobre sus bienes raíces tiene el propietario y el «dominio eminente» que sobre el territorio nacional ejerce el estado, la nación, considerada como entidad política.

«Esta distinción es fundamental. Generalmente y entre personas no versadas en estas materias, se cree que cada hectárea de tierra adquirida por un extranjero, es una hectárea substraída á la soberanía nacional y se propende á admitir que sólo el territorio poseído por mexicanos queda sometido á la influencia y las prerrogativas de la autonomía del país.

«No puede darse error más craso. El propietario, nacional ó extranjero, de una parcela de tierra ó de un extenso dominio predial, tiene, dentro de la ley, derechos innegables y respetables, el